

Después de Julius

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *After Julius*

En cubierta: ilustración de © Allenburys Diet advert /

Mary Evans Picture Library 2015

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Elizabeth Jane Howard, 1965

© De la traducción, Raquel G. Rojas

© Ediciones Siruela, S. A., 2021

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-18859-15-1

Depósito legal: M-25.422-2021

Impreso en Cofás

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Elizabeth Jane Howard

Después de Julius

Traducción del inglés de
Raquel G. Rojas

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

PRIMERA PARTE

Viernes 11

SEGUNDA PARTE

Sábado 129

TERCERA PARTE

Domingo 285

Dedicado a Kingsley

PRIMERA PARTE

Viernes

UNO

Emma

Es una mañana de viernes de noviembre.

Se despertó exactamente a las siete y cuarto, en la habitación trasera del ático de Lansdowne Road. Catorce minutos después sonaría el teléfono y la voz de un hombre —cargada con ese aire de urgencia rutinaria que asociaba a las películas de guerra: «Enemigo en posición Verde-320»— le diría que eran las siete y media, cosa que por supuesto ya sabría. Sin embargo, cuando probaba a cancelar el servicio, no era capaz de despertarse sola. Esos quince minutos, que en cierto modo eran un prelude del día, podrían aprovecharse sin duda para algo útil o agradable, pero en general se quedaba tumbada, dominada por la anticipación de aquel timbre estridente, y, cuando sonaba, cogía el auricular tan rápido que la voz siempre se demostraba en hablar.

Luego se levantó, encendió la estufa de gas —contemporánea de los primeros Baby Austin; pequeña, ruidosa, resistente, que irradiaba con gallardía su pizca de calor en aquel tabuco— y se acercó a la ventana. Era una buhardilla, casi el tipo de habitación que, en el campo, se habría utilizado para almacenar manzanas y guardar viejas galas, y algún constructor pirata, de los que consideraban las

corrientes un riesgo normal en cualquier reforma, había agrandado un poco la ventana. Un aire frío y denso se colaba decidido por los bordes del marco, pero la vista, una vez recorrió las herrumbrosas caléndulas y mariposas de lino (su madre le había regalado esas cortinas), era bonita para estar en Londres: hileras de jardines traseros con el césped vapuleado, un viejo peral retorcido y lúgubre que estaba chorreando; el aire como caramelo, el sol de pimentón y una inesperada gaviota —en todo su esplendor a esa distancia— que revoloteaba sin rumbo en círculos perfectos. Hacía frío y era probable que acabase cayendo la niebla.

La mancha del techo —como una salpicadura de café— parecía haber crecido durante la noche. Tendría que decírselo a los Ballantyne, cosa que se le hacía doblemente penosa porque el tejado era asunto suyo y no podían permitirse arreglarlo, de modo que llamarían a ese espanto de albañil que Bill Ballantyne había conocido en la guerra, el que siempre tenía la cara congestionada de darse la buena vida y esa recalcitrante sonrisa que no era nada de fiar. Sonreía y sonreía y aceptaba cualquier sugerencia; luego, semanas después, hacía una chapuza y rompía otra cosa. Debía de estar amasando una fortuna a fuerza de destrozos y casi todos sus clientes eran conocidos de cuando la guerra, lo cual marcaba una misteriosa diferencia en la opinión que tenían sobre su carácter: al igual que la de Bill, esta siempre se basaba en algún tipo de estrambótica nostalgia.

El cuarto de baño era del color de los guisantes enlatados, pero como lo había pintado y alicatado el señor Goad, los azulejos se estaban agrietando y en la pintura

se habían formado enormes burbujas. También había desportillado la bañera cuando la instaló, pero ante las quejas de Bill al respecto contestó que tendrían que esperar nueve meses para traer una nueva y que, además, la había conseguido muy barata —como favor hacia él— de un lote de exportación rechazado por Venezuela.

Abrió el grifo y volvió sobre sus pasos, por el pasillo, hasta la puerta que quedaba frente a su habitación. Estaba cerrada y, al abrirla, la asaltó una vaharada de humo rancio, afecto agotado y crisis en suspenso. Era el salón y, nada más encender la luz, supo que Cressy había montado una de sus escenas.

Era en verdad un ático enorme y muy cómodo, con techos abuhardillados y una estufa negra achaparrada que ahora no estaba encendida. Durante un momento, miró los cojines tirados por el suelo, el montón de pañuelos blancos engurruñados en los pliegues del sofá, las tazas de café solo sin tocar y el piano abierto, dio gracias por que empezase el fin de semana y se llevó la cafetera a la cocina para desayunar.

A su hermana, como de costumbre, le costó despertarla. Ya había dejado la bandeja del desayuno, encendido la estufa eléctrica, descorrido las cortinas y apagado la luz antes de que se moviese ni lo más mínimo. Cressy estaba tumbada bocabajo, de cara a la pared, pero cuando se apagó la luz murmuró algo, extendió uno de sus hermosos brazos y abrió la mano: otro pañuelo arrugado cayó al suelo.

—¡Café! —dijo Emma con energía, pero se le encogió el corazón.

Cressy se dio la vuelta en la cama y la miró. Al prin-

cipio no habló, pero los ojos, que ya tenía empañados, se le desbordaron con grandes lagrimones que le resbalaban por las mejillas.

— ¡Por Dios! — exclamó al tiempo que se incorporaba.

Emma recogió el pañuelo: estaba empapado.

— ¿Quieres otro?

Cressy negó con la cabeza y se estiró para coger una vieja rebeca de cachemira rosa algo descolorida, se la puso sobre los hombros y se envolvió en ella como si fuera un chal. Luego cogió la copita de jerez llena de zumo de limón que Emma le exprimía fielmente todas las mañanas y se lo bebió. Emma, a la que solo de verlo le daba dentera, se puso a servirle el café mientras se preguntaba si sería mejor para Cressy hablar y llorar más o no decir nada y, suponía, llorar después. Le cambió la copa por una enorme taza de porcelana Wedgwood con café solo y le preguntó sin mucha esperanza:

— ¿Entras en calor?

Cressy asintió y entonces prorrumpió en un chaparrón de lágrimas.

— Se va a pasar el fin de semana a Roma. ¡A Roma! — repitió con amargura.

— ¿Y no puedes ir con él?

— No quiere llevarme. Podrían vernos. Después de tantos meses esperando estos días, y sabe Dios que no es mucho pedir, de pronto hay una conferencia en Roma.

— Supongo que no ha podido evitarlo.

— Ay, ya lo sé. ¡Así es la vida! — Lo dijo con una especie de familiaridad rabiosa, como si siempre hubiera sabido que esa frase acechaba en algún sitio para hundirla—. Podría haberme llevado con él si de verdad hubiese querido.

Pero cuando las cosas se complican lo más mínimo, no le importan lo suficiente para afrontarlas, punto.

Y si no fueran complicadas, no te importarían a ti, pensó Emma sin poder contenerse; sin embargo, como todo lo que tenía que ver con Cressy (y tal vez con cualquiera), aquello no era del todo cierto.

—¿Cuándo vuelve?

—El domingo por la noche, cree. Pero es que tenía tantas ganas... Deseaba tanto... Yo solo quería...

—Un poco de tiempo con él.

—Es extraño, a ellos parece no importarles en absoluto. Como ir a un concierto, pero no tocar nunca. Es solo un entretenimiento, una especie de accesorio de la vida, pero no la vida real.

—Si no estuviera casado, ¿te casarías con él?

—Casarme... —repitió Cressy soñadora—. No lo sé. He intentado ser realista al respecto, pero es que siempre ha estado casado. Esa es la cuestión.

—Pero si encontrases a la persona adecuada, ¿te gustaría casarte?

De pronto Emma temió que contestara mal, que no le dejase ninguna salida y que echase a perder cualquier resquicio de compasión, benevolencia o lo que fuera que uno pudiese sentir por ella.

En cambio, su hermana contestó sin dudar:

—Es lo único que de verdad quiero en este mundo. Si encontrara a la persona adecuada, haría cualquier cosa para que funcionase. El caso es que no sé estar sola. A ti eso no te pasa. Supongo que por eso yo tengo estos líos y tú no. Pero también te casarías si encontrases a alguien, ¿verdad?

Emma se encogió de hombros; una desesperanza casi tangible cayó como un peso sobre ella con esa pregunta.

—Bah, supongo que quienquiera que tuviese que casarse conmigo moriría en la guerra.

Cressy pareció escandalizarse.

—En serio, Em, eso es pura neurosis. Tienes tiempo de sobra. ¡Eres diez años más joven que yo, caray!

—Soy mucho mayor de lo que eras cuando te casaste. En cualquier caso, no estoy tan segura como tú de que eso me hiciera feliz. Oye, voy a tener que marcharme enseguida. ¿Vas a casa este fin de semana?

—A lo mejor. Me lo pensaré. Puede que haya mucha niebla, no sé. Luego te llamo.

Cressy sufría esa incapacidad crónica de los que padecen mal de amores para hacer cualquier tipo de plan ajeno a esa órbita. Emma la dejó, sin llorar al menos, cepillándose el fosco y brillante cabello negro, que le caía en ondeantes bucles sobre los hombros como a una joven bruja. Desde luego no aparentaba la edad que tenía.

Pobrecilla, de verdad era infeliz, pensó mientras se vestía. Puede que no por lo que ella se imaginaba, que después de todo le parecía que tenía remedio, sino por una razón mucho peor, más profunda e insidiosa. Supongo que la gente que siempre se toma algo demasiado en serio acaba por aburrir a los demás con ello. Puso a prueba esta teoría: comida, poesía, política, amor... Bueno, parecía cierto en el caso de las tres primeras, pero, por supuesto, tomarse algo realmente en serio implicaba considerarlo en su totalidad, en cuyo caso algo habría que poder tomarse a la ligera. Tal vez Cressy no lo hacía. Si uno se tomaba a sí mismo muy en serio, por otra parte, nunca encontraba

nada de lo que reírse, lo cual suponía una visión parcial. Eso es lo que me gustaría, pensó mientras apagaba la esforzada estufita, que en su ausencia debió de sufrir algún tipo de colapso y no tenía ya más que una intermitente llama morada. Me encantaría encontrar más cosas de las que reírme. Me gustaría que la gente se acercase a mí y me dijera: «Esto tiene gracia», y que fuera verdad.

Se había puesto una falda plisada, un grueso jersey azul marino de chico y sus nuevas medias caladas del mismo color, con las que se sentía a la vez arropada y atractiva. Sacó el abrigo rojo del armario, comprobó que llevaba las copias mecanografiadas de los manuscritos en el maletín y miró por la ventana para ver si había empezado a llover. La gaviota estaba ahora posada sobre una chimenea y parecía mojada, sucia y solitaria; no llovía, pero el aire estaba cargado de una humedad negra y grasienta, se imaginó las gotas perlando las plumas del animal y sacó un grueso pañuelo de lana para taparse la cabeza. La cabeza. Eso hizo que se acordase del techo y volvió a la habitación de Cressy.

Su hermana estaba de pie junto a la ventana, descalza, tiritando, y al volverse hacia Emma lloraba otra vez a lágrima viva.

—Creí que ya te habías ido. Parece que habrá niebla, después de todo. Aún hay esperanza. ¿Crees que es cobarde por mi parte querer que haya niebla?

—Claro que no. Pero si no, ven a casa. Todos se alegrarán. Podrías estar de vuelta el domingo.

—Sí, ya lo sé, ya lo había pensado. ¿Tienes un cigarrillo? Dick se acabó los míos anoche.

Mientras Emma rebuscaba en su bolso, que aunque era grande estaba abarrotado, le dijo:

—Si ves a alguno de los Ballantyne, ¿podrías comentarles lo del techo de mi habitación? La mancha va a peor y no está en el mismo sitio que la última vez. Cielo, me temo que no tengo. Pídeselo a Bill.

—Y así no se me olvida lo del techo. ¿De verdad quieres que Goad husmee en tu cuarto cuando no estés?

—No, había pensado en la semana que viene. Tengo que irme, déjalo, no importa. Adiós. Y no desesperes. No hay mal que por bien no venga. Piensa en tu carrera. Cogeré el tren de las cuatro y veinte si puedo.

Y huyó.

Escaleras abajo, más allá del halo vaporoso del aceite de baño Floris, de la pintura agrietada y amarillenta y del linóleo verde oscuro del descansillo, por otro tramo de escaleras con un deprimente grabado de una parte distinta de Venecia en cada escalón (¡lo que tenía que aguantar Venecia!, como los Evangelios y Mozart y el cielo en los calendarios), hasta el vestíbulo, de color café a menos que la luz estuviera encendida; más allá del sensual olor del desayuno de otras personas y de la mesa atestada de facturas y con un sombrero encima; más allá de las escopetas, los palos de golf y el casco alemán (Primera Guerra Mundial) y de la enfurruñada y polvorienta cabeza de un tejón que salía de la pared como una gárgola peluda. La claraboya tenía el número de la casa pintado y, visto desde dentro, parecía deforme y estrafalario. Nunca podía abrir la puerta principal con una sola mano, con lo cual tenía que soltarlo todo. Huyó por el accidentado camino, más allá del seto chorreante hacia la puerta de la verja que parecía siempre malévolamente cubierta con aceite para máquinas. Huyó calle abajo, una calle que en primavera y en verano estaba

flanqueada por jardines llenos de lilas, laburnos y cerezos, espinos de fuego, ciruelos, lirios y majuelos, gatos opulentos apretujados entre los barrotes de las verjas y ancianos arrastrados en su paseo por viejos terriers victorianos. Recordó con nostalgia esta concurrida escena de aromas torrenciales mientras iba a toda prisa hacia el metro, cortando el aire frío y lagrimeante, pero no se acordó de la angustia veraniega de verse atrapada en una oficina mal ventilada durante los escasos días que en verdad eran deslumbrantes. Llegaba tarde al trabajo, de todas formas, y llegar tarde siempre hace que uno se olvide de todo lo demás.

En el trayecto hasta Holborn, fue pensando en su hermana. A pesar de haber contestado a su irreflexiva y algo insensata pregunta sobre el matrimonio de forma que aplacó sus inquietudes más inmediatas sobre ella, la invadían oleadas de pánico respecto al futuro de Cressy. Treinta y siete años le parecían —aunque, por supuesto, jamás lo habría mentado— una edad interminable; era difícil ser una pianista prometidora a los treinta y siete y precario deshacerse en lágrimas por hombres distantes pero casados: el problema era que los hombres se interponían en el camino de la música, de modo que esta nunca pareció arraigar lo suficiente para convertirse en el consuelo y la inspiración que Emma estaba segura que debía ser. ¿Acaso Cressy, se preguntaba, había perdido el juicio a raíz de su prematuro y desastroso matrimonio? ¿O por la muerte de su padre? Se había casado después de que su padre muriera, claro; tal vez fue algún tipo de despecho edípico lo que la llevó a casarse, de repente, con un hombre al que apenas conocía. Pobre Miles; quince años mayor

que Cressy y bregando con la Reserva de Voluntarios de la Marina Real: «Horarios irregulares, comida inmundada, un mal de mar atroz», había dicho al parecer en uno de sus breves permisos. El matrimonio duró apenas un año porque lo mataron en la batalla de Dieppe. Recordaba el fragor de la artillería revolviéndole las tripas y estremeciéndole el espinazo cuando estaban en Sussex —Cressy, con la cara entre pálida y verdosa, y ella—, sentadas en el césped desollando conejos. Entonces tenía ocho años y le parecía increíble que hubiera un ataque aéreo en mitad de un bonito día de verano. «Te haré un par de guantes, Em», le dijo su hermana, y ella la observó mientras extendía las pieles al sol sobre un tablón y las rociaba con un polvo blanco. Pero después solo lloró mucho y tocó el piano —triste, tormentoso, monótono Brahms—; se olvidó de los guantes. La última vez que habían oído las ametralladoras fueron las de Dunkerque. Lo cierto es que Emma no recordaba nada previo a la guerra, salvo algunas imágenes aisladas de su padre que siempre eran las mismas, siempre recuerdos en medio de algo, nunca el comienzo ni el final. «Estábamos buscando una pelota entre los arbustos al fondo del prado»; no recordaba haberla perdido ni tampoco si la encontraron, solo el repentino y delicioso olor del pañuelo de seda de su padre cuando le limpiaba la cara, espliego y cedro del Líbano, y la suavidad de la tela. «Pareces una negrita», le decía. La hierba le llegaba hasta el pecho, no podía tener más de cuatro años. O haciendo algo que llamaban «patos en el barro»; él le pellizcaba las mejillas. Emma jamás había oído a un pato en el barro, pero le parecía un ruido tremendamente divertido y difícil de hacer. Unos días después de su séptimo cumpleaños, su

padre murió. Se había ido a Londres una mañana y ya no regresó, sin más. «Se ha ido a Londres el fin de semana», dijo en el primer desayuno en el que él no estuvo. Era miércoles, pero para ella el fin de semana eran solo dos noches, no se había dado cuenta de que siempre empezaba en viernes. Lo peor fue la cara de su madre, que más tarde le pareció que se había crispado con algo más que el dolor, y los atroces y angustiosos sollozos que salían de su habitación por las noches y la despertaban: tanto la asustaron (¿su madre, tan perdida?) que Emma se pasó días sin querer tocarla...

Aquello se alejaba mucho de Cressy y sus problemas. Se suponía que la ventaja de una mente disciplinada era que, si querías, podías centrarte en una sola idea durante mucho tiempo, pero aparte de que ella misma no tenía una mente así, no creía haber conocido nunca a nadie que la tuviera. La mayoría de los pensamientos de la gente, incluso cuando se suponía que alcanzaban cierta concentración, saltaban de una cosa a otra con la mansa apatía de los conejos domésticos. Lo máximo que había conseguido Emma fue pensar en las olas: llegando, alejándose, volviendo a acercarse un poquito más a razón de una de cada tres. Eso había sido cuando intentaba pintar, y solo algunas veces, con un cuadro en particular, hacía años. Ahora, tras fracasar en todo aquello que, en su fuero interno, consideraba que merecía la pena, allí estaba, tratando de ser una lectora y editora digna de confianza en el negocio familiar. Holborn. Se levantó y caminó los metros de costumbre hasta Great Queen Street.

Los empaquetadores, en el sótano y al fondo de la planta baja, trabajaban sin descanso mientras escucha-

ban algún programa de variedades en Light Programme a todo volumen. La chica de la centralita había terminado el jersey color salmón y estaba tejiendo en punto elástico algo de color malva ácido con hilo de lúrex. El olor a libros nuevos —como narcisos muy distantes— más la calefacción central y un ligero aroma a amapolas de California siempre inundaba el diminuto vestíbulo. Dio los buenos días y empezó el largo ascenso por las escaleras. La primera planta era el departamento de Contabilidad, un misterioso hervidero con el que no tenía ningún trato salvo cuando la señorita Heaver, que llevaba veintiocho años en la casa, se paseaba por todas partes con una lista de aportaciones para el regalo de despedida de alguien. En la siguiente planta, la última con techos bonitos y chimeneas que no se habían echado a perder, estaban su tío, los socios de su tío y sus secretarias. Una más arriba, lo que en su día debieron de ser los dormitorios y que ahora albergaba los departamentos de Producción, Arte y Publicidad, todos celosos del despacho de algún otro. Y por último —y era un buen trecho—, subió al departamento de Edición en lo más alto del edificio: tres pequeñas estancias, de las cuales una era su oficina, y otra más pequeña aún, una especie de trastero en el que una vez a la semana los viajantes mantenían sus reuniones apestadas de humo e inesperadamente hilarantes. De qué diablos unos viajantes de libros podían reírse tanto semana tras semana, era incapaz de imaginárselo. Sin embargo, al igual que los empaquetadores, siempre estaban alegres, al menos cuando ella los veía o cuando le contaban algo de ellos.

Su despacho daba al sur, a la calle, y tenía un parapeto en la ventana donde a veces las palomas se posaban a co-

mer migas insípidas de bollitos con pasas. Era una habitación muy pequeña, siempre estaba sucia y o bien hacía un calor sofocante o te pelabas de frío, según la estación, pero como al parecer no tenía aptitudes creativas (sus intentos en otros ámbitos aparte de la pintura lo habían dejado dolorosamente claro), era el lugar donde, aparte de su cama, pasaba la mayor parte del tiempo.

Los manuscritos de esa mañana ofrecían un surtido compuesto por una novela romántica y de lo menos convincente sobre los aztecas, el relato de una travesía por el Sáhara en un taxi londinense de preguerra (una epopeya de ineficiencia pura y dura que la hacía bostezar solo de pensarlo) y las cavilaciones de un joven huraño que llevaba tal vida de libertad autoimpuesta que no le pasaba nada en absoluto, hecho del que se quejaba en todas y cada una de las páginas. Y había mucho más en el lugar del que salió todo aquello. Por favor, envíame a alguien bueno, pensó, haz que hoy llegue un escritor con tanta capacidad como empeño y que no viva solo de las experiencias de los demás...